



Leatos

A Baykin Bates,
su compañero,
su humilde
amigo,

Carl Pellicci.

En nuestra Villalbona,
en Mayo
ardentísimo.
1789.

HORA DE JUNIO

OBRAS DEL AUTOR

COLORES EN EL MAR Y OTROS POEMAS. Editorial Cultura—México—1921.

PIEDRA DE SACRIFICIOS (Poema Ibero-americano.) Editorial Nayarit—México—1924.

SEIS, SIETE POEMAS. Aztlán editores, México, 1924.

HORA Y 20. Editorial Paris-América — Paris, 1927.

CAMINO. Ediciones Estrella. Paris, 1929.

BIBLIOTECA JOSE MA. PINO SUAREZ
COL. "JOAQUIN BATES"

HORA DE JUNIO

(1929 - 1936)

Bates



por

CARLOS PELLICER

**EDICIONES HIPOCAMPO
MEXICO, M.CM.XXXVII**

BIBLIOTECA JOSE MA. PINO SUAREZ
COL. "JOAQUIN BATES"

A mi hermano

HORA de Junio:
espiga verde aún, fuerza de abril, ligera.
¡Ya de un golpe de remo y a la orilla
de alta mar!
El cuerpo hermoso quiere el infinito
y ya no la belleza. ¡La belleza
sin nombre, oh infinito!

Esquemas para una Oda Tropical

A Jorge Cuesta.

LA oda tropical a cuatro voces
ha de llegar sentada en la mecida
que amarró la guirnalda de la orquídea.

Vendrá del Sur, del Este y del Oeste,
del Norte avión, del Centro que culmina
la pirámide trunca de mi vida.

Yo quiero arder mis pies en los braseros
de la angustia más sola,
para salir desnudo hacia el poema
con las sandalias de aire que otros poros
inocentes le den.

A la cintura tórrida del día
han de correr los jóvenes aceites
de las noches de luna del pantano.

La esbeltez de ese día
será la fuga de la danza en ella,
la voluntad medida en el instante
del reposo estatuario,
el agua de la sed
rota en el cántaro.

Entonces yo podría
tolerar la epidermis
de la vida espiral de la palmera,
valerme de su sombra que los aires mutilan,
ser fiel a su belleza
sin pedestal, erecta en ella misma,
sola, tan sola que todos los árboles
la miran noche y día.
Así mi voz al centro de las cuatro
voces fundamentales
tendría sobre sus hombros
el peso de las aves del paraíso.
La palabra oceanía
se podría bañar en buchets de oro

y en la espuma flotante que se quiebra,
oírse, espuma a espuma, gigantesca.

El deseo del viaje,
siempre deseo sería.

Del fruto verde a los frutos maduros
las distancias maduran en penumbras
que de pronto retoñan en tonos niños.

En la ciudad, entre fuerzas automóviles
los hombres sudorosos beben agua en guanábanas.
Es la bolsa de semen de los Trópicos
que huele azul en carnes madrugadas
en el encanto lóbrego del bosque.

La tortuga terrestre
carga encima un gran trozo
que cayó cuando el sol se hacía lenguas.
Y así huele a guanábana
de los helechos a la ceiba.

Un triángulo divino
macera su quietud entre la selva
del Ganjes. Las pasiones
crecen hasta pudrirse. Sube entonces
el tiempo de los lotos y la selva

tiene ya en su poder una sonrisa.
De los tigres al boa
hormiguea la voz de la aventura
espiritual. Y el Himalaya
tomó en sus brazos la quietud nacida
junto a las verdes máquinas del Trópico.

Las brisas limoneras
ruedan en el remanso de los ríos.
Y la iguana nostálgica de siglos
en los perfiles largos de su tiempo
fué, es y será.

Una tarde en Chichén yo estaba en medio
del agua subterránea que un instante
se vuelve cielo. En los muros del pozo
un jardín vertical cerraba el vuelo
de mis ojos. Silencio tras silencio
me anudaron la voz y en cada músculo
sentí mi desnudez hecha de espanto.
Una serpiente, apenas,
desató aquel encanto
y pasó por mi sangre una gran sombra
que ya en el horizonte fué un lucero.

¿Las manos del destino
encendieron la hoguera de mi cuerpo?

En los estanques del Brasil diez hojas
junto a otras diez hojas, junto a otras diez hojas,
de un metro de diámetro
florean en un día, cada año,
una flor sola, blanca al entreabrirse,
que al paso que el gran sol del Amazonas
sube,
se tiñe lentamente de los rosas del rosa
a los rojos que horadan la sangre de la muerte;
y así naufraga cuando el sol acaba
y fecunda pudriéndose la otra primavera.

El Trópico entrañable
sostiene en carne viva la belleza
de Dios. La tierra, el agua, el aire, el fuego,
al Sur, al Norte, al Este y al Oeste
concentran las semillas esenciales,
el cielo de sorpresas,
la desnudez intacta de las horas
y el ruido de las vastas soledades.

La oda tropical a cuatro voces
podrá llegar, palabra por palabra,
a beber en mis labios,
a amarrarse en mis brazos,
a golpear en mi pecho,
a sentarse en mis piernas,
a darme la salud hasta matarme
y a esparcirme en sí misma,
a que yo sea a vuelta de palabras,
palmera y antílope,
ceiba y caimán, helecho y ave-lira,
tarántula y orquídea, tzenzontle y anaconda.
Entonces seré un grito, un solo grito claro
que dirija en mi voz las propias voces
y alce de monte a monte
la voz del mar que arrastra las ciudades
¡oh Trópico!
y el grito de la noche que alerta el horizonte.

Invitación Marítima

A un Poeta.

A cuatro mares tocan los poemas.
Jugaremos los puertos. Jugaremos
la entrada y la salida sobre el faro
que anuncia el espectáculo lucero.

¿Para qué el equipaje submarino
si nuestra desnudez alisa en perlas
la actitud tornasol del baño estío?

Vámonos a la luna mongolfiera.
Tres paisajes de yeso a nadie estorban
a pesar de los tangos y palmeras.

Y el que quiera
se pintará con dramas las ojeras.

Vámonos a las primeras
orillas de la noche, con tijeras
podadoras de estrellas y de espumas,
las facilitadoras de las sumas
del escalante precio de las fieras.

El tigre adolescente
pensativo en la arena se despinta.
Se está borrando ya las tachaduras
con que fué reprobada la lascivia
del gasto de oro de sus carnes duras.

Y es un poco de arena humedecida
que se revuelca entre las miraditas
del polvo litoral a fuego frío.

Saquemos a la noche una tajada
que resbale sabores en la lengua
cuya humedad lamida de luceros
tenga la sobriedad iluminada
del vino desgarrado de los puertos.

A cuatro mares tocan los poemas.
¿Y nos iremos sin la ola cuyo azulante aviso
nos levantó a fugaces monumentos?

(Yo ya crucé el Atlántico en un hilo
de araña y el Pacífico en un hilo
que hizo un hilo de araña con su hilo.)

Tengo a la ola de la mano y subo
a mi país de imágenes do el piso
es de espejo y caoba el cortinaje
del teatro de la aurora.

La función de esta noche en cuatro mares
tendrá control. Las perlas de la entrada
se echan al cuello de las más morenas.
Puntualidad y esmero de sonidos.

Para quien tenga el baño al pie del día
agito estas estrofas en el frasco
verde-vidrio de náutica alegría.

Pausa Naval

AL bajar del tranvía
pisé la estrella náutica y el timo
del pie herido de océanos,
halló la pausa hidráulica deseada
y echó a huír en la voz su tren de voces
vía-libre vía-libre vía-libre.

Y el agua a cualquier precio se dejaba
acariciar. Y fué a la altura
veloz de la gacela
que hallé los festivales de la espuma
a raíz de las telas y las pieles.
El mar que parte plaza en las arenas,
el mar a fuego de la China en lujo.
Doña Isabel vendiendo los tamales

de joyas,
y las navegaciones del escándalo
soltadas como esbeltos arrecifes
de alquiler hacia el préstamo de América.
Bajaron las palmeras
de las trescientas olas automóviles
y se bañaron de aire de colinas
al rótulo naval Río de Janeiro.

El mar, de bruces,
adoró los cantiles como altares
y colgaba en sus muros
los torsos apaleados del naufragio
y los tríos de hierro de las hélices.
La gran samaritana
se llenaba de cántaros salobres
y a su marido tiburón decía:
¿Te gustan los pescados de colores?
El mar de la ansiedad, el mar cacique
cuyas orejas de coral escuchan
la trácala en sordina de los buzos
y la salida limpia de Jonás.

Y llegaba de azules y de verdes
sombrios y de azules diferentes

y de verdes sin riego y sin mercado
y de azules de vuelos colibríes
en el manto y de verdes panorámicos
y de azules
sacados de los senos de las brisas
y de verdes azules y de verdes.

En los acantilados los cantiles
muerden a la península,
le escurren los exágonos de aceite
de las jaibas y rizan la espiral
lenta de las colonias caracoles.
El mar en los cantiles de rincones
entra a buscar sus muebles
y derrumba los pianos apilados
y los sofás enormes y las pailas
y se va como entró gritando en grande:
al-carajo-al-carajo!

Y el mar solía
ser el efebo húmedo en el Bósforo,
jardín entre dos mares que lamíanle
las piernas claras y los brazos claros.
Y la gran agua nave
empujando archipiélagos mecía

las hamacas desnudas de los trópicos,
la voz collar del ecuador en nubes
—para los pies de Dios—de los volcanes
que hornean el pan de estrellas de los Andes.

Y el mar tendía
su instante de camisas en la playa.
Blancos. Playas. Tiempo.
Y redoblaba su llegadería
tarde o temprano a las bodas marítimas.
Brazos. Senos. Vientre.
Y se destartalaba
porque en el acto fértil las gaviotas
gritaban y el pelícano
hinchó la navecilla de su pico
—platas, giros, luces—
con el acuárium de la buena pesca.

Proas.

Las tardes de la infancia
vieron abandonadas las canoas
y a la inquietud del viaje
le pasaban la mano por la proa,
miraban a lo largo los paisajes.

Proas!

El mar, y siempre el mar! El agua tinta
saboreada y tenaz, fecunda y nueva.
Proas! El mar, y siempre el mar!

Los mares de Acapulco
me dejaron sus huellas digitales
y en la garganta de la voz caían
los jugos del manglar y era hasta el pecho
la estatura naval de los poemas.

Pausa naval al bajar del tranvía.
A cuatrocientos kilómetros del mar
escribo.

Gracias por la risa y la sonrisa y las marinas
que al asfalto nocturno me vienes a dejar.

Dúos Marinos

A Xavier Villaurrutia

EL mar diurno en la sombra de sus naves.
El mar nocturno en el farol de proa.
El mar del día que voltea el día.
El mar de noche que el timón platea.
Los días en el mar nos siembran cielo.
Las olas diarias lían su fortuna.
El mar noche es la rana gigantesca:
croa gárgaras bruscas en las rocas.
El sol arquea peces voladores,
la luz a tiempo es flecha en tiempo claro.
El mar sabe su edad en pleno día.
En las noches marinas son morenos
los andantes espumas del pasado.

El mar de noche es de segunda mano.
El mar de día es toda la sandía,
la primera tajada es brisa y rosa,
barca lisa en el agua amanecida,
mano de siesta y agua presurosa.
La tinta de los pulpos deja a tientas
el mar que busca la puerta del baño.
La gran noche del mar es vida o muerte.
El mar se busca y se halla y grita y huye.
La sal huele a azúcar en manos mojadas
y el color es nada que nadie miró.
Cuando el mar nocturno, cuando el mar diurno
—¿las sombras desde cuándo? ¿las luces cuándo?—
vira el viaje a las islas sorprendidas,
el ave del paraíso mueve su reflector
sobre la fiesta enorme de Oceanía.
El agua en la mañana
ciñe a los niños limpia resolana.
Las noches están llenas de piedras usadas.
El mar nocturno, el mar bajo de noche
cuyo viaje aplazó porque es de noche,
y en las noches el mar corre más riesgo.
El mar diurno entre azul y buenas noches
que se comió las perlas y se ríe
con las perlas que valen un Gobierno.

El mar cuenta en las noches las ausencias,
su voz tiene una lágrima, otra lágrima.
Dos lágrimas tan juntas que parecen de dos.

Una cualquier mañana
de mar, volvieron los adioses.
Ni quien los despidiera, ni una ventana abierta.
¿Volvería a comprarlos el que ya los conoce?

Y el mar del día
se metía a caballo en las basílicas
de los cantiles vastos y tan altos
que el águila costera
escuchó los barriles del asalto
y preguntó a las nubes: ¿es o era?

Mar de noche, mar ciego, mar frío,
cuando los capitanes son más lúcidos
entre la borrachera de los barcos.
En una mano tengo el mar de noche.
En otra mano tengo el mar de día.
La angustia de estar solo un solo día
abre los ojos para mí en la noche.

El mar nocturno traigo en una mano.
Premio al número par deste mareo.
La voz a nado sube a su deseo.
El mar diurno en la palma de la mano.
Mar de día y de noche,
abierto de noche y de día,
de perfil y de frente,
sangre al costo, poema y poesía.

Horas de Junio

VUELVO a ti, soledad, agua vacía,
agua de mis imágenes, tan muerta,
nube de mis palabras, tan desierta,
noche de la indecible poesía.

Por ti la misma sangre—tuya y mía—
corre al alma de nadie siempre abierta.
Por ti la angustia es sombra de la puerta
que no se abre de noche ni de día.

Sigo la infancia en tu prisión, y el juego
que alterna muertes y resurrecciones
de una imagen a otra vive ciego.

Claman el viento, el sol y el mar del viaje.
Yo devoro mis propios corazones
y juego con los ojos del paisaje.

JUNIO me dió la voz, la silenciosa
música de callar un sentimiento.
Junio se lleva ahora como el viento
la esperanza más dulce y espaciosa.

Yo saqué de mi voz la limpia rosa,
única rosa eterna del momento.
No la tomó el amor, la llevó el viento
y el alma inútilmente fué gozosa.

Al año de morir todos los días
los frutos de mi voz dijeron tanto
y tan calladamente, que unos días

vivieron a la sombra de aquel canto.
(Aquí la voz se quiebra y el espanto
de tanta soledad llena los días.)

HOY hace un año, Junio, que nos viste
desconocidos, juntos, un instante.
Llévame a ese momento de diamante
que tú en un año has vuelto perla triste.

Alzame hasta la nube que ya existe,
librame de las nubes, adelante.
Haz que la nube sea el buen instante
que hoy cumple un año, Junio, que me diste.

Yo pasaré la noche junto al cielo
para escoger la nube, la primera
nube que salga del sueño, del cielo,

del mar, del pensamiento, de la hora,
de la única hora que me espera.
¡Nube de mis palabras, protectora!

Grupos de Nubes

A M. Gómez Morín.

EN los grupos de nubes,
a inquietudes mi vida tornasola
su afán de cambio y su ojo de ser cumbre.

Su gran imperio en fuga
organiza la tarde. Cuatro niños
dejan en sed la fuente jardinera
y se llevan el agua con sus tintas jugadas.

En el cielo hay país con primavera.

Su majestad con corona de vidrio
espera en las colinas la llegada
de volcán y volcana

en viaje ópalo. Hay a través del aire hilos
que arrenglonan la zona disponible
de lo decir poético.

Y al poste divisor del trompo aéreo
ato las aventuras instantáneas
del vivir en cambiar, cielo deseo.

En los grupos de nubes
a inquietudes mi vida tornasola
su alma de cambio y su ojo de ser cumbre.

Terraza a lo alcohol de un valle intenso
y pórticos al sur.

Lo cántico deslumbra entre filetes
de una muralla gris. (¿La ciudadela
tomada por los ángeles?) Jardines
de visible floreo. Se deshiela
la expedición polar y los adioses
tienen dos horizontes. El ejército
lleva las plantas de oro de los ídolos
y en los puentes se opaca. Y otro ejército
se niega a combatir ante el encanto
de una torre de nieve de limón.

¡Los grupos de las nubes!
¡Quién pudiera
ser eterno volándose quietudes!

El cielo sigue.

Playas de moda para el lucero Quetzalcóatl.
Se juegan las fortunas del oriente
contra el imperio en fuga y la mañana
próxima, mendigará. Y la espuma escultórica
no elude reflectores y las venus
para todas las razas, nacen.
El Rey se ha vuelto siembra de repollos
y la Reina
perchero de los mantos imperiales.
Y los Foros Romanos
se llenan de bisontes
que se vuelven lejanos litorales.
Ya está la mano de ámbar
en que sostiene el gris último toque.
Imperio en fuga lleno de noticias,
la victoria a la par con lo que roce,
guerra y vivac.

¡Los grupos de las nubes!
Naturaleza muerta, fruto excelso

en mi vitrina de cuatro ventanas.
Abandono y guanábana en cada ángulo,
nubes del mediodía de vida incomparada,
un gigantesco coágulo
allí, cerca, a la mano de lo inmenso,
prodigiosas actrices en la tarde,
vaciados en yeso de lo mejor del silencio,
tiempo de aves,
países de alas. ¡Los mejores espejos!

Y fumo para irme en el hilillo
de caminos cambiante al ansia eterno.

Grupos de Figuras

A Genaro Estrada.

LOS grupos de figuras
equilibro con onzas de poema
—la voz lineal y las palabras mudas—.

Los efebos se bañaban en el Eurotas.
La tarde en automóvil detuve sobre el puente,
y entre las aguas rotas
de acantilante labio a veces,
el sudor del estío
refrescaba su gotas en las gotas
de la caída en arco a hender el río.

Sobre una piedra
deja un joven su ropa.

Se descalza apoyándose
y entra al río saltándolo
y en la mano le tiembla un poco de agua
de lujo y desnudez.

En la prosodia esdrújula y aguda
risas y gritos se bañan tan claros
que a todo voz desnuda.

En un grupo de cuatro las cabezas
siguen el ritmo de las piernas vivas
al principio de un juego.

Se agrupan en la orilla y al dispersarse luego
—brisa en la desnudez del calor ciego—
paraliza el rincón su antigua estrofa.
Aridas, las montañas militares
alertan sus gargantas desastrosas.

Los grupos de figuras
equilibrio con onzas de poema,
la voz lineal y las palabras mudas.

El parque del colegio rueda en sombras:
nubes sobre el estanque y pino intenso.
Al pie de cada paso roen quiebres las hojas.

Yo me tropiezo y caigo y de todos los rumbos
ciñe al parque un coral de veinte risas,
y así el poeta es fruto
comido de mujeres y de prisas.

Primero dos se acercan; luego, todas.
Las preguntas pueriles
como ardillas en lianas tropicales
saltan entre los límpidos abriles.

La rueda de mujeres cuyos senos
bajo el color vestido,
en la lista frutal que a otoños pido
es fuga de espirales.

Unas por la cintura, las otras por el cuello
se abrazan.
El rojo al amarillo da el destello
y danza
a un oro tan alegre, que el cabello
de aire cambia.

Todas, —rueda—, uno—,
el anillo nervioso de las bodas.
Pinos. Risa y poema.

Los grupos de figuras
equilibrio con onza poesía
la voz lineal y las palabras mudas.

En el piso 50
las viguetas de fierro, paralelas,
vida cuadrangular dan al espacio.
Dos obreros azules
remachan un amarre. Los martillos
enloquecen los átomos de fierro
y hacen brillar el hongo del tornillo.

La pausa entre dos golpes
da a una figura el par del otro instante.
Los músculos del cuello
hacen eco a los ruidos. Y parte una
canción que cruza el vértigo en la palma
de la mano del aire que la deja
en otro oído que al sentirla piensa
en cinematográficos amores.

Abajo, la ciudad arterialmente
bebe la gasolina.
Y el ritmo microbial que la devora
es un hermoso caos.

Solos, los dos obreros
desmoronan la altura a martillazos
y son, azules y altos, vértigos prisioneros.

Los grupos de figuras
equilibré con onzas de poema,
la voz lineal y las palabras mudas.

Grupos de Palmeras

A Enrique González Martínez.

LOS grupos de palmeras
—edad de 20 a 30, estado célibe,
libre oficio—secundan el poema.

Ceñir la brisa o desnudar el viento,
inaugurar el mundo cada día,
esas palmeras son Río de Janeiro.

Una tarde en avión las vi bañarse
entre aguas repentinas que surgían
del fragmento de tierra de las alas.

Los grupos de palmeras
—idénticos detalles—
siguen las curvas altas del poema.

La mañana que abrí mis corazones
—eterno amor de ti, mujer morena—
cuatro palmeras reales
anunciaron tu amor y tu belleza.

Palmera real, cintura luminosa, rodeos de la danza,
final de todo viaje
a cielo azul. Se pierde la esperanza
y una palmera real es el paisaje!

En las noches de Asuán
sube la Cruz del Sur. Ninguna noche
como esas noches. Llegan del desierto
caravanas de estrellas. Los prismas de alabastro
su eterna espuma aprietan. El silencio
cuenta granos de arena. Tengo vida
para mil años, hoy. Una palmera
le da pausas al verso y lo reúne
al haz de la creación. En un remanso
pule el Nilo el estanque reflector
del objeto infinito. Otra palmera
da el aire de la música.

Los grupos de palmeras
—edad de 15 a 20, estado célibe,
libre oficio—secundan el poema.

A 90 kilómetros por hora
pasan las palmeras rumbo a todas luces.
Cruje el tren de quietud y echo las manos
al papel tropical que suma y sigue,
de mis grupos de palmas al sarcófago,
la divina inquietud.

Claras, ligeras, jóvenes y ofrenda.
Lloro mis corazones y
cuelgo la hamaca azul en dos palmeras.

Azuán-1929.

Horas de Junio

JUNIO, jardín de junio, yo no quise
sino sólo una voz de su ternura,
besar el aire que en sus ojos dura
y soltar en mis labios lo que dice.

Aire, junio en los aires ya predice
las imágenes muertas en la oscura
piedad de las palabras que apresura
la sola poesía que no quise.

Agua, en tus lluvias llévame ceñido
al campo de sus ojos, al latido
del corazón que halle en otra sombra.

Róbame a los espacios que su acento
busque al azar, fuera de luz y sombra.
Yo cubriré mi sombra con el viento.

JUNIO que no cumpliste el prometido
fruto del sacrificio, tú caminas
y a las treinta jornadas avencinas
el ave prodigiosa del olvido.

Yo me quedo más solo que tu olvido
en la imagen creciente de tus ruinas.
¡Yo caminara lo que tú caminas!
¡Yo olvidara el olvido de tu olvido!

Por ti la angustia es llave de la puerta
que no se abrió de noche ni de día.
¡Agua de mis imágenes, tan muerta!

¡Noche de la implacable poesía!
Por ti la misma sangre, tuya y mía,
corre al alma de nadie siempre abierta.

POESIA, verdad, poema mío,
fuerza de amor que halló tus manos, lejos,
en un vuelo de junios pulió espejos
y halló en la luz la palidez, el frío.

Yo reboqué los cántaros del río,
paré la luz en los remansos viejos,
di órdenes a todos los reflejos;
Junio perfecto dió su poderío.

Poesía, verdad de todo sueño,
nunca he sido de ti más corto dueño
que en este amor en cuyas nubes muero.

Huye de mí, conviérteme en tu olvido,
en el tiempo imposible, en el primero
de todos los recuerdos del olvido.

Poética del Paisaje

A Vicente Magdaleno.

TODAS en el alero,
tornadizo perfil del mensajero
friso de palomar.

A medida que el pie cubre el espacio
el horizonte prometido enseña
su barricada azul, su tiempo lacio.

Muy cerca, a la distancia de un perfume,
una piedra aplastante.
En un charco, adelante,
un buen trago de lluvia se consume.

Ya lejos, unas lomas
de un verde "golf" y bosque a la derecha

y un tajo en carne viva su desnivel aploma.
(Un ocho de palomas
divide mi atención en varias fechas.)

Al fin de la mirada se acomoda
la paloma de un templo en la colina.
A la izquierda la sierra cambia azules
temerosos. Y a veces, se ilumina
y lava sus colores y se pone desnuda
a recordar senderos y relieves.

Antes que se pensara
pasa una nube gruesa y siembra dudas
que florecen en tema de matices.
Y la memoria muda
cuatro temples de azul en gris perdices.

Pasa la nube a tono
con la punta del lápiz quebradiza.
Y está la pausa en trono.
(Tiempo y color: yo les doy un abono
y designo banquera a una sonrisa...)

Una paloma negra
entablara su vuelo y otras cuatro

buscan la aguja mágica del cuento.
Mientras vira la nube yo me ausento
a revisar las cuentas de mi teatro.

El patio lo ocupó el endecasílabo;
el palco y la platea
ciertos traje-de-cola alejandrinos.
En galería
hay uno que otro gratis sin oficio.

Nube y punta de lápiz acreditan:
una: luz por ausencia, y otra: cifra.
Y ya es mecer al aire
ya sin otro contento que el mecerlo,
en una prosa semejante al mar
que abstrae en espiral vidas de perlas.

Ya nada tengo qué decir del panorama,
pero algo como el agua en el desierto
roba a todos la sed y queda intacta,
me queda en abundancia y en deseo.
La sobra musical; una delicia
de todo ritmo, de toda danza,
de todo vuelo...

Retórica del Paisaje

A Mauricio Magdaleno.

EN el tiempo compacto
de los dosmiltrescientos metros de la altura,
los paisajes están en un solo acto.
El aire es siempre exacto
en su tiempo tonal; sabe escultura
porque un pintor en tan vastos andamios
puede fraguar los delirantes cadmios
y acompañar geométricas figuras.

(Los claros adjetivos
ecuestres en caballos sustantivos...)

Porque la realidad es cosa mía,
es decir, lo que usted nunca verá,

en un plato le da Santa Lucía
los ojos convenientes. (Cortesía
de la Iglesia Romana que usted devolverá.)

Veamos:

la flora es intocable; en cutis verde
la aguja del tatuaje, defensiva
punza el tacto a distancia.

Chillan flores carnales
sobre el nopal que sesga sus etapas
rimadas en elipse. Si hundo los pedales
surge en esbelto prisma el cactus órgano,
cuyo bisel alfiletero agarra
pequeñas nubes de heno.

El cactus cuya fálica erección
límite varonil marca al terreno.

El maguey en hileras militares
alerta el armamento y en su espera
endulza el agua de su sed de guerra
y emborracha al ladrón de sus panales.
Cuando se rinde al tiempo alza una lanza
de heroica flor.

Con su sombra metálica
endosela el mezquite siestas largas.

Un toro y una nube y el arbusto.
(Se hace el ojo al espacio, juega y carga.)

Así es el verde quieto, la esperanza
de escultórico juego en el paisaje.
En los cambios de cielo hay un celaje
inmóvil, que se borra en su constancia.

Sólo el árbol pirú, primo del sauce,
su copa vuelca en el mantel del llano,
y en ramos de coral tiende la mano
junto a los lavaderos de algún cauce.

El verde cae en la trampa de los grises.
Cien pueblos apedrearón este valle
y por eso las casas y la calle
son de una sola pieza.
Se reduce el lenguaje y la tristeza
es sobria como sombra de detalle.
El amarillo seco se encamina,
ya entre la milpa vieja que el viento papelea,
o en la resbaladiza llaga de la mina
de arena.

Si echo la cara atrás de lo que digo,
la cordillera sube hasta las nieves
perpetuas.
Detrás dellas el sol desnuda el cielo
y cuando le abandona sus soberbios harapos,
las dos enormes cumbres echan su historia al fuego.
Y hay águilas que cambian huracanes
por resonantes víboras,
aunque hayan de cogerlas en nopales.

La prodigiosa juventud del aire
convida a estar desnudo.
Y en un modesto orgullo de silencio
ganarse loterías de momentos
para costear los oros del escudo.

La escenografía de las quietudes.
Ya no importa el color, sino lo claro.
Sola sabiduría de los grises
que está bien en la huerta y en el teatro.
¿Para qué el adjetivo si las cosas
todas, claras, se ven por cuatro lados?

¡Los nombres de las cosas!
Deste valle,
es toda la retórica.

Invitación al Paisaje

A Ignacio Medina.

INVITAR al paisaje a que venga a mi mano,
invitarlo a dudar de sí mismo,
darle a beber el sueño del abismo
en la mano espiral del cielo humano.

Que al soltar los amarres de los ríos
la montaña a sus mármoles apele
y en la cumbre el suspiro que se hiele
tenga el valor frutal de dos estíos.

Convencer a la nube
del riesgo de la altura y de la aurora,
que no es el agua baja la que sube
sino la plenitud de cada hora.

Atraer a la sombra
al seno de rosales jardineros.
(Suma el amor la resta de lo que amor se nombra
y da a comer la sobra a un palomar de ceros.)

Si el mar quisiera abandonar sus perlas
y salir de la concha! . . .
Si por no derramarlas o beberlas
—copa y copo de espumas—las olvida.

Quién sabe si la piedra
que en el cualquier recodo es maravilla
quiera participar de exacta exedra,
taza-fuente-jardín-amor-orilla.

Y si aquel buen camino
que va, viene y está, se inutiliza
por el inexplicable desatino
de una cascada que lo magnetiza.

¿Podrán venir los árboles con toda
su escuela abecedaria de gorjeos?
(Siento que se aglomeran mis deseos
como el pueblo a las puertas de una boda.)

El río allá es un niño y aquí un hombre
que negras hojas junta en un remanso.
Todo el mundo le llama por su nombre
y le pasa la mano como a un perro manso.

¿En qué estación han de querer mis huéspedes
descender? ¿En otoño o primavera?
¿O esperarán que el tono de los céspedes
sea el ángel que anuncie la manzana primera?

De todas las ventanas, que una sola
sea fiel y se abra sin que nadie la abra.
Que se deje cortar como amapola
entre tantas espigas, la palabra.

Y cuando los invitados
ya estén aquí—en mí—, la cortesía
única y sola por los cuatro lados,
será dejarlos solos, y en signo de alegría
enseñar los diez dedos que no fueron tocados
sino
por
la
sola
poesía.

Horas de Junio

¿CUAL de todas las sombras es la mía?
A todo cuerpo viene la belleza
y anticipa en los aires la proeza
de ser sin el poema poesía.

Junio dos nubes mágicas me fía
y ya soy cielo en que la duda empieza.
¿Apoyaré tan pronto la cabeza
en la mano profunda que aún no es mía?

En palabras de amor se va la hermosa
vida junto a la espina y a la rosa
tan alta siempre que cuando la hallamos
antes sangran los dedos con la espina:
y la rosa en la altura de sus ramos
ya es otra rosa que se indetermina.

ERA mi corazón piedra de río
que sin saber por qué daba el remanso,
era el niño del agua, era el descanso
de hojas y nubes y brillante frío.

Alguien algo movió, y se alzó el río.
¡Lástima de aquel hondo siempre manso!
Y la piedra lavada y el remanso
liáronse en sombras de esplendor sombrío.

Para mirar el cielo, qué trabajos
ruedan los ojos turbios, siempre bajos.
¿Serán estrellas o huellas de estrellas?

Era mi corazón piedra de río
una piedra de río, una de aquellas
cosas de un imposible tuyo y mío.

EN palabras de amor—paloma el día—
pone y quita palabras palomares
y las pequeñas brisas por los mares
viajan con una angustia de alegría.

Riesgo de llamarada que se enfría,
luz que falta en los cuellos a collares,
perdición en los súbitos azares,
dicha de una virtud que no existía.

Si algo hay en mí que valga es la amargura
de un desdeñado vaso de dulzura
que una noche lluviosa está secando.

Ha de quedar el agua sin virtudes
agobiada de horribles juventudes,
gloriosamente oscura, recordando.

Estrofas del Mar Marino

A Manuel J. Sierra.

AL agua la tierra fué,
del agua la tierra vino.
Manos de México—mares—
ruedas dan de mar marino.

En la atmósfera palmera
—pájaros, luces y gritos—
sondea puertos de sol
y ancla golondrina olvido.

De las nubes a las naves
níveas Nínives de espuma
suspenden jardines blancos
que aguas mármoles azulan

ligeras como de baile,
cerca y lejos, flor y fruta.

La primavera del mar
en el viento come y bebe,
al día los tiempos roba,
de noche su cuello enciende.
Una flor en el abismo
sea la voz de lo siempre.

Vanse del mar las figuras,
vanse vestidas del agua
cuya desnudez arquea
torsos azules de estatua.
Unas estatuas azules. . .
(Angel brisa que azul anda.)

El mar marino marea
la voz que en palabras vive.
Se van de lado los tiempos,
lo que quiero, lo que quise.
Lo que ya en mi corazón
con sólo callar se dice.

(Vámonos, palabra, vámonos
del alma que está diciendo

sus ocho sílabas tristes,
ochenta, ochocientas. . . Vámonos!)

El arco iris en el mar
—puente a paso de colores—
cerró el círculo en el agua,
puso a flote el horizonte
y en la cumbre de un instante
las siete tintas esconde.

Nadie en el mar, nunca nadie,
los hombres solos se miran.
Acompañarse a estar solos
es la sola compañía.
Compañero en campos de agua
ven a mirar lo que olvidas.

El mar de los mares mar,
el mar playa de los mares,
el que a rayas y volares
vive y muere por estar.
La brisa se fué a parar
junto a la espuma en la arena.
La brisa blanca o morena
—arena, espuma y volar—

lindos barullos va a armar
entre la espuma y la arena.

El mar marino y el mar
marino y el mar marino,
se van al mar a bañar
y mientras, quedan conmigo.

Estrofas de Campo y Lluvia

A Joel Patiño.

TAN bajas están las nubes
que es la oportunidad
de conocer a los ángeles.

Primero por la pradera,
por la cañada,
y otra vez por la pradera.

Praderas verdes de junio
en que junio sale a ver
lo que se dice de junio.

Desde las lomas, las lomas
parecen sólo praderas
para llegar a las lomas.

De los cerros a las nubes
con los ojos en las manos
llegaremos a los ángeles.

Y los ángeles creerán
que regalamos los ojos
y así nos los tomarán.

Y con los ojos sin ojos
miraremos a los ángeles
reírse de nuestros ojos.

“Estos ojos no son tal:
que a un poco de tierra húmeda
lo quieran llamar cristal!”

“Por eso allá
todo es igual.”

Con nuestros ojos
los ángeles jugarán.
Se van a llenar las manos
de algo entre amores y mar.
Se van a llenar las manos
de una hora que azul da.

Se van a llenar las manos
de más-acá.

Y nos tirarán los ojos
de las nubes a los árboles,
del árbol a la pradera,
de la pradera al barranco,
del barranco al otro impulso
que salga de nuestras manos
por recuperar,
por recuperarlos
entre las piedras pequeñas
mojadas de junio y mayo.

¡Ah qué recuerdos—futuros—,
los de los ángeles!

Aquel que se me olvidó
ha de ser el que tú sabes
por el que suspiro yo.

Y estaban ya las palabras
tal como en un palomar
cuando de las nubes bajas,
en un abrir y cerrar

de ojos, los ojos sintieron
lo fresco de un buen mojar;
mientras las puertas del cielo,
con gran ruido fué a ocultar
una luminosa mano
húmeda de más allá.

Estrofas de Lindo Linde

A Rafael Solana.

LINDEROS.

Linderos de toda linde,
¿cuáles son los verdaderos?

¡A colindar!
¿Y las manos y los ojos
y lo que se dé en cantar?

Colinde
mi voluntad con mi sueño
y muera yo en esa linde.

Amarrado suavemente
por la brisa
está el paisaje de enfrente.

Todos sus límites son
brisa lintera
con razón y sin razón.

Ven al poema, lintero,
a limitar la hermosura
con tus trazos verdaderos.

Ven lintero
a levantar obeliscos;
discóbolo con tus discos
límites impón a Eros.

Ven, al poema lintero.

El mar espiral desnuda
negro baño sideral;
en la frontera espacial
suelta sus números muda
la nebulosa espiral.

Lindo lintero
cuando lo que linda linda
con la cintura que quiero.

Por la cintura primero,
con la cintura después.
Cintura cinta lindero.

Por sentir esa cintura
junto a la mía,
cánticos en noche oscura;
poesía.

Ay la cintura morena,
mi vida limitará?
Vivo lindero ya está
entre la espuma y la arena.

Vivo lindero;
por vivir junto a ese linde
nada quiero y nada espero.
¡Morir en ese lindero!

Ladrón de límites, ven
a llevarte esquinas de oro;
yo he robado mi tesoro
y tengo en el alma cien.

Horas de Junio

¿POR qué si ya estoy lleno de mí mismo
quiero de ti la brisa, el agua, todo
tu ser en mí, profundo, de tal modo
que yo sea el abismo de tu abismo?

Gloria será de mágico cinismo
ir a tus cielos desde el noble lodo.
Jerarquía: tu codo con mi codo,
encontrarte y decir: tú eres yo mismo.

Fuerza y fusión en que el amor se ahonda
y baja al seno de mayor altura.
Arriba pisa el pie vidas de onda

y abajo, en lo más alto, se enriquece
la unidad de los dos en la figura
de un árbol submarino que florece.

ESTA noche mis ojos no se cierran,
esta noche me enciendo como el día,
toda la noche es río de alegría,
toda la noche tú noches encierran.

Déjame ser el blanco en que no yerran
las manos habituales de tu guía;
óyeme sin mirarme en este día
en que cien noches sobre mí se cierran.

Tú eres la inmensidad, el imposible
amor, el dulce amor, amor terrible,
la distancia constante de mí mismo.

Y quiero estar en ti, quiero ese viaje
de infinidad, igual a su heroísmo
de ser la luz, la nube y el paisaje.

ABRI mi pecho cual una ventana
y eras el horizonte, un vago monte
con nubes de oro, nubes de horizonte
compuesto de la noche a la mañana.

¡Cuánto tardas allí, cosa lejana!
Veo y busco tu faz de monte a monte.
Nivelé el corazón al horizonte
y está en mi mano cual una manzana.

Si de tanto mirar lo que no miro
cayera de mis ojos la belleza
como la hoja del árbol—suspiro—,

y la llevaran el viento y la brisa
con tal cuidado que toda tristeza
fuera sólo un comienzo de sonrisa.

Poema Pródigo

A Luis Cardoza y Aragón.

GRACIAS, ¡oh, Trópico!
porque a la orilla caudalosa
y al ojo constelado
me trae de nuevo el pie del viaje.
(¡Esquinas de países que anuncian el paisaje!)
En mi casa de las nubes
o bajo el cielo de los árboles,
rodeado de todas las cosas creadas
(oídas espirales del berbiquí mirada),
voy y vengo sin tocar objeto alguno
—poseedor de la puerta y de la llave—
y de la alegre rama del trino.
En la rápida pausa del antílope

se oyen las pausas lentas de la noche,
y en el desnudo torso y en los brazos que reman
tus fuerzas me saludan
brotantes
hacia otra parte siempre nueva.
Gracias,
porque en mis labios de treinta años
has puesto el gusto y el silencio
del fruto y de la flor.
Los grupos de palmeras
me sombrean la sed junto al desierto.
Y el invitado oasis
que brinda el vino siempre de los límites
tiene los labios gruesos de llamarme
y actos de bailarinas en reposo.
Voy en la barca
entre arrecifes de granito.
Anclo y salto a una nube de alabastro.
El árbol de la goma
suscita el desbordar.
La hora oblicua se bisela a fondo.
Y yo surjo en el codo del camino
y canto en mí el principio de mi canto
y llego hasta mis labios
y soy mío.

Jocunda fe del trópico,
ojo dodecaedro,
¡¡justísimo sudor de no hacer nada!
Y el sabor de la vida de los siglos
y la orilla gentil y el pie del baño
y el poema.

Nocturnos

A Juan Coto.

NOMBREMOS a la luna
alguacila de rondas de los cánticos.

El infinito astrónomo
no es más que un viejo verde
que le echa encima el desbordado anteojito.

Ella enseña las piernas en la fuente
y las diez mil chaquiras del remojo
callan la rana, tilde a las íes, veinte en la frente.

Cada cita
se cumple con su beso y su premura.
¿En dónde está la señorita

que vende vendavales de escultura?
¿Y aquel adolescente
cuya mirada le cambió el destino
a la persona heroica de la frente?

El grillo conectado
con quién sabe qué aparato inoficioso
rebaja el precio del aire plateado
con su aumento metálico, pequeño y armonioso.
¡Como estas noches hemos visto tantas!
¿Recuerda usted? Y la sombra que canta
disminuye en estrellas melodías.

Este es aquel silencio
que cerró a los oídos la suprema
delicia musical y fué perfecto.
¿Recuerda usted? Los lagos en la noche
junto al gato montés de aquel recuerdo.
Y las puertas de mármol y sus goznes
áureos y la ventura de estar quieto
ante los cataclismos pompeyanos
de los amores mores incompletos.

¡Como estas noches hemos visto tantas!
Y el vaso se adelanta
hacia la mano en sed y el labio húmedo

de la memoria dulce en que se canta
el drama ligerísimo.

¡Porque tanto te quise
y me salió en jardines la garganta,
he de volverte a amar!

Y semejante al mar con pianos cerca,
me puse triste, la mirada antigua,
el codo al ras del horizonte en brillo
y la voz tan delgada que se oía
a través de las puertas de los años.

Así acabó la Luna, la alguacila
de la pierna encharcada y telescópica.
La buena Luna ronda, ~
la cosa esa redonda,
que quién sabe a qué horas nos anuda
la voz en la garganta de las horas
que con aguas de mar viven desnudas.

Elegía Déléfica

A Roberto Meza Fuentes.

APOLO ha muerto.

Desnudad todas las cosas de la tierra y del mar.

Desnudad la nube hasta entonarla en lluvia,

y el aire de su impalpabilidad.

Los automóviles pasan melancólicos.

Y en la mecánica del tiempo

las poleas elegantizan los ángulos del taller

con una nueva elegancia por el dios desierto.

Apolo ha muerto.

Haced salir la Aurora a medianoche

seguida del divino Quetzalcóatl.

Abrid la tierra y echad las esmeraldas y las voces.

La velocidad camina paso a paso.
La orquesta del mundo ha olvidado sus partituras.
El pulso se adelanta.
Los príncipes ayunan, las llaves se herrumbran.

Apolo ha muerto.
Verted el vino sobre la mar inmóvil.
Cerrad el libro del otoño.
Partid con la noticia hacia la Dóride.

El bosque negro se adelgaza.
Brilla la Muerte en el horizonte.
Crecen, largamente, las pausas.
¡Apolo ha muerto! Cubrid las Liras-hombres
con la Noche desnuda que al pie de la Aurora, danza.

Delfos-1929.

Horas de Junio

AMOR así, tan cerca de la vida,
amor así, tan cerca de la muerte.
Junto a la estrella de la buena suerte
la luna nueva anúnciate la herida.

En un cielo de junio la escondida
noche te hace temblar pálido y fuerte;
el abismo creció por conocerte
robando al riesgo su sorpresa henchida.

Hiéreme así, dejándome en la herida
la sangre que no cuaja ni la muerte
—la llaga con la sangre de la vida—.

Ya estás herido por mi propia suerte
y somos la catástrofe emprendida
con todo nuestro ser desnudo y fuerte.

ERAMOS la materia de los cielos
que en círculos inútiles parece
sin dar al fuego cósmico que crece
sino apenas el ritmo de sus vuelos.

Energía de idénticos anhelos
que aleja y avvicina y que los mece,
juntó en choque de fuerzas luz que acrece
la sombra en tierra de sus hondos cielos.

Y buscándose en ambos nuestra suerte
fluyó hacia tu esbeltez la fuerza fuerte
que al fin su espacio halló propio y profundo.

Salgo de ti y estoy en tu tristeza,
sales de mí y estás en tu belleza.
Las estrellas nos ven: ya hay otro mundo.

ESO que no se dice ni se canta
es sólo un nombre, acaso es un suspiro?
En la sangre celeste de un zafiro
tiene lugar, y tiempo, y voz levanta.

En qué número numen, qué garganta,
qué secreto feliz, a cuál retiro
donde sólo el suspiro de un suspiro
pase, te he de esconder, ventura tanta?

Si estas manos vacías ya están llenas
al pensar en tu ser—lecho de arenas
con que las aguas doran su camino—,

donde ponerlas, manos asombradas
de mostrarse desnudas al destino
y levantar al cielo llamaradas.

La Voz

I

CUANDO en el pensamiento
de Dios, las cosas y los seres
fueron,
la voz del universo en cada acto—divina—,
fué de la piedra al hombre y del cielo a la tierra
en órbitas magnéticas,
cambiando de apariencia y de silencio,
pero en su identidad, unánime.

Aprender esas voces gracia del aire es sola.
Y repetir la sombra de su eco
en palabras de ángeles caídos,
es perseguir desnudos en suelo espejeante,
poema y poesía.

Cuando la voz del ángel mostró al hombre la soledad
(el hombre antes formaba parte de la montaña,
de río y nube y flor y esmeralda y abeja)
la voz primera humana fué de un asombro inmenso:
primero, la distancia de las cosas
y después la terrible belleza de las cosas.

La voz de cada cosa fué enumerando el mundo
y el macho poesía y la hembra poema,
en claridad confusa como de amor presente
oyeron y se amaron bajo un techo de voces.

II

La multitud de un río desde la infancia llega
y el espejo en huída de su presencia igual.
Su noche tuvo acentos de quien pronto se entrega.
Pasaron diez mil años y esa voz es igual.

Mi voz busca de nuevo unificarse al Todo
y yo escucho las voces más lejos cada vez.
Tiene a veces la gracia del milagro en el modo:
juego en el aire negro que sólo juego es.

Sólo al callarme escucho cerca de mí las voces
del universo. ¿Muda ha de valer mi voz?
Y desde una gacela de silencios veloces
aguardo alerta y solo la universal fusión.

III

A la estatua desnuda pregunto:
¿de quién es esta voz?
¿es del viento o del mar?
Y la roca mortal me responde:
no preguntes nada.

Y la voz tenía noticias de tierra
y su desnudez era en espiral.
Sus últimas líneas llegaban al cielo,
azules, moradas, violeta.
Y esa era la voz del Poema.
Y la Poesía
era ante toda súplica, secreta,
y yo era en secreto, poesía.

IV

Yo quise un instante, ser,
para siempre. Quise estar,

para siempre.
Y entre el odio y el amor
oí la voz
de lo que se ha de callar
sólo, para sólo ser.

V

Un bosque de palmeras para llegar al mar
y en el camino el ave de un trino. ¡La Belleza!
dijo la voz saliendo del alma, y en el alma
el eco: ¡la Belleza! Mar y trino, un palmar.

Las palmeras danzaron sin moverse y el agua
que lamía la sombra de la danza,
iba y venía, iba y venía, iba y venía
y sin mudar de voz cambiaba las espumas.

En cada espuma el sol tuvo un hijo. La arena
puso y quitó a los ojos lo que después ponía.
Y quitaba y ponía y ponía y quitaba
la luz de cada instante que la espuma servía.

Cayó la voz del trino y en su limpia caída
la Belleza volvió a encerrarse en el alma,

nunca más transparente, nunca más bien herida
por un juego de mar, un ave y una palma.

VI

Cuando en el pensamiento
de Dios, las cosas y los seres
fueron, mi voz estaba ya prevista.
Lejos de lo divino se oye esta voz. Su angustia
es no saber callar. A todo da un nombre. ¡El mismo
nombre!
Grita y la soledad le responde con alto
eco de soledad.

En la tierra, en el agua, en el aire, en el fuego,
su ritmo tiene inercias irremediables.
Algo de Dios a veces parece que le espera.
Un tiempo de colores, su mundo es una nube
frente a aurora o crepúsculo. Sabe lo que es Poema.
Y de la Poesía, ¿nunca sabrá? ¿Ya sabe
y no sabe qué sabe?

Voz del ángel caído,
voz de los ángeles en tierra,
voz que en el tiempo da su tiempo

y de pan y agua sólo vive.
La voz de callar nos dé fuerzas
para oír el llamado oportuno
de la abeja y del mar, de la palmera
y la esmeralda y el río
para ser la voz íntegra que al Paraíso
de la voz de Dios
vuelva
en la voz de los ángeles que no caerán,
jamás.

Indice

	Págs.
Hora de Junio	7
Esquemas para una Oda tropical	9
Invitación marítima	15
Pausa naval	19
Dúos marinos	25
Horas de Junio	29
Grupos de nubes	33
Grupos de figuras	37
Grupos de palmeras	43
Horas de Junio	47
Poética del paisaje	51
Retórica del paisaje	55
Invitación al paisaje	59
Horas de Junio	63
Estrofas del mar marino	67
Estrofas de campo y lluvia	71
Estrofas del lindo linde	75
Horas de junio	79
Poema pródigo	83
Nocturnos	87
Elegía Déléfica	91
Horas de Junio	93
La voz	97

Publicado por X. V. y A. J. F., este
libro se acabó de imprimir en la Imprenta
Mundial el día 27 de abril de 1937.
La edición consta de 500 ejemplares.

ict



SEP

RED ESTATAL DE BIBLIOTECAS
PUBLICAS DE TABASCO

